

Dante Alighieri

el poeta del amor

ORLANDO CUADRA DOWNING
Redactor de R C del P C A

El siglo XIII fue el siglo del renacimiento religioso durante el cual surgieron dos Ordenes monásticas, la de San Francisco de Asís y la de Santo Domingo de Guzmán, y el más grande expositor de la filosofía escolástica, Santo Tomás de Aquino. Fue también el siglo del renacimiento del arte con Cimabue y Giotto; y además, el siglo de Marco Polo, Carlos de Valois y Roger Bacon. Fue esta la época de una magnífica energía sealar que impulsó el surgimiento de las clases medias y de las ciudades-estados independientes que dividieron a Italia entre el partido del Papa —los Güelfos— y el partido del Emperador — los Gibelinos — y mantuvo a los italianos en constante guerra civil que terminó con el colapso del Imperio y la cautividad babilónica de la Iglesia.

En ese mundo en que luchaban el espíritu medioeval y el espíritu moderno nació y vivió su turbulenta vida: Dante Alighieri (1265-1321) cuyo 700 aniversario se conmemora.

La madre del Dante, poco antes de que éste naciera, tuvo un sueño en el que vio a su hijo comer las frutas de un árbol de laurel, y que con gran asombro suyo el niño crecía y se convertía en un brillante pavó real. El portentoso onírico se convirtió en realidad durante la vida del poeta, aunque su madre no llegó a confirmarlo porque murió cuando el niño tenía apenas cinco o seis años. El huérfano quedó al cuidado de su padre y de sus deudos, y de Brunello Lafini, el ilustre maestro "que jamás dejó de serle caro", autor del "Tesoro" y del "Tesoretto", hombre sabio de su época quien le impartió sus conocimientos en literatura, filosofía, ciencias, teología y cuantos ramos del saber humano aquel dominaba y el discípulo absorbía con su clara inteligencia. A su maestro debió el conocimiento de los poetas antiguos, por quienes tuvo religioso respeto y a quienes imitó en las elegías, canciones y sonetos que la angelical Beatriz le inspirara.

En la primavera de 1274, Folco Portinari, un influyente ciudadano de Florencia, anunció a sus amigos la celebración de una fiesta familiar. El padre de Dante era uno de los invitados y tras él se fue el muchacho que ya frisaba en los nueve años, con otros niños que anticipaban la alegría de la "fiesta" con los dulces y refrescos, trovadores,

malabaristas y volalineros. Dante "por naturaleza impresionable y vehemente", delgado, con sus grandes ojos negros y pálida piel morena, su nariz aguileña, su labio inferior y su mandíbula salientes, se mantuvo apartado y quieto, en una disposición de ánimo que desde entonces indicaba el temperamento que Boccaccio, su contemporáneo, describiría como "algo presuntuoso, desdeñoso y altivo, que no sabía cómo llevarse bien con gentes comunes". De pronto el muchacho vió a la hija de Portinari, Beatriz. Esa primera impresión se le gravó permanentemente. Y así la describió más tarde en "La Vida Nueva":

" Había transcurrido de su vida el tiempo que tarda el estrellado cielo en recorrer hacia Oriente la duodécima parte de su grado y, por tanto, aparecióseme ella casi empezando su noveno año y yo la ví casi acabando mis nueve años. Llevaba indumento de nobilísimo, sencillo y recatado color bernejo, e iba ceñida y adornada de la guisa que cumplía a sus juveniles años. Y digo en verdad que a la sazón el espíritu vital, que en lo recóndito del corazón tiene su morada, comenzó a latir con tanta fuerza que se mostraba horriblemente en las menores pulsaciones. Temblando, dije estas palabras: Ecce deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi (He aquí un dios más fuerte que yo, que viene a dominarme) .

Y a la verdad que desde entonces enseñoreóse Amor de mi alma, que a él se unió incontinente, y comenzó a tener sobre mí tanto ascendiente y tal dominio, por la fuerza que le daría mi misma imaginación, que vine obligado a cumplir cuanto se le antojaba. Mandábame a menudo que procurase ver a aquella criatura angelical. Yo, pueril, andábame a buscarla y la veía con aparecer tan digno y tan noble que ciertamente podíansele aplicar aquellas palabras del poeta Homero: "No parecía hija de hombre mortal, sino de un dios "

Aunque nunca le habló a Beatriz, Dante nunca pudo olvidarla. La procuraba ver, a menudo, pero a distancia. Nueve años más tarde del primer incidente ocurrió otro que motivó su dedicación a la poesía.

" Aconteció que la admirable mujer aparecióseme vestida con blanquísimo indumento, entre dos gentiles mujeres de mucha mayor edad. Y al entrar en una calle, volvió sus ojos hacia donde yo, temeroso, me encontraba, y con indecible amabilidad, que ya habrá recompensado el Cielo, me saludó tan expresivamente que entonces creíame transportado a los últimos linderos de la felicidad. Embargóme tan dulce emoción que apartéme, como embriagado, de

las gentes, apelé a la soledad de mi estancia y púsememe a pensar en aquella muy galana mujer

No sólo a pensar, sino a soñar y luego a describir en un soneto el sueño que soñara:

Almas y corazones con dolor,
a quienes llega mi decir presente
(y cada cual responda lo que siente),
salud en su señor, que es el Amor

Las estrellas tenían resplandor
el más adamantino y más potente
cuando advino el Amor súbitamente
en forma tal que me llenó de horror

Parecíame alegre Amor llevando
mi corazón y el cuerpo de mi amada
cubierta con un lienzo y dormitando

La despertó mi corazón, sangriando,
dió como nutrición a mi adorada
Después le ví marcharse sollozando

Dante como todo joven caballero florentino se dedicó naturalmente a la poesía. Toda Italia se dedicaba a ella. La poesía del sur de Francia había muerto cuando los trovadores desaparecieron, huyendo hacia el sur. Los cantos de amor sazonzaban las polémicas filosóficas en la Universidad de Bolonia, y se esparcieron como fuego hasta Sicilia. La misma fe religiosa de la época era avivada por el canto. San Francisco de Asís, en su propia, alegre y apasionada poesía, como juglar del Señor, cantaba al "hermano sol", a la "hermana luna y hermanas estrellas", al "hermano viento" y al "hermano fuego". "Las Florecillas" de San Francisco, el "Cántico del Sol", rompen con sus dulces tonos y sus ritmos la monotonía del canto gregoriano

El más importante artista de la época era Guido Guinicelli, de Bolonia, a quien Dante alabó más tarde. Guido había aislado el soneto, separándolo de la "canzone", una elaborada e intrincada forma, y trajo a la poesía italiana ese nuevo estilo que daba a los ojos, al corazón y al alma la voz con que expresarse juntos. Los poetas de la Provenza habían cantado a Cristo con la flauta de Pan y el apéfito de Baco. Usaban la mente para inventar las novedades de su "manera". En la Toscana de Dante los poetas usaron esas novedades a la "materia" del verso.

Otro Guido, Guido Cavalcanti, al principio amigo de Dante, después su enemigo, era el guía de los jóvenes que cultivaban el canto amoroso en Florencia.

Beatriz fue la inspiración de Dante en los numerosos poemas que le dedicó y que luego reunió tejiéndolos en una narración en prosa que él tituló "La Vida Nueva". Era el homenaje póstumo de Dante a Beatriz que había muerto y el poeta la sintió en lo más profundo de su ser.

Aunque Dante dedicaba la mayor parte de su tiempo a sueños, suspiros y sonetos,

también tenía tiempo para las actividades físicas de los jóvenes de su época... Muchos pasajes del gran poema que habría de escribir, describen cómo lanzó la jabalina a un jabalí, cómo llevaba el halcón en el puño, cómo conocía el arte de la caballería. Mas Dante fue también, además de poeta, soldado, fiestero y político. Como soldado se distinguió en la batalla de Campaldino (1289). Asistía a las fiestas que celebraban los triunfos de Florencia. Como político figuraba entre los seis principales priores de la "bella città" que él amaba tanto. Como guelfo, Dante figuró con el mismo brillo y entusiasmo que tenía como poeta. Y como en el amor y la poesía, Dante fue, como político, vehemente y egoísta. Una vez, cuando se hablaba de la necesidad de enviar un embajador a una misión importante, exclamó: "Si yo voy, quién se queda? Si me quedo, quién va?" Dante pertenecía a una vieja familia aristocrática, odiaba a los nuevos ricos de la ciudad y no dudaba de su propia habilidad para mandar.

No hay duda que esta altiva opinión de sí mismo le atrajo la ira de sus enemigos, al punto que cuando llegó el momento del desastre para el partido de los guelfos, cuando en 1301 los franceses, con Carlos de Valois a la cabeza, impusieron a los gibelinos en el poder de la ciudad, Dante Alighieri fue condenado "in absentia", primero a exilio por dos años, y luego a ser quemado vivo. Cuando más tarde se le ofreció el permiso de volver a la ciudad a condición que se sometiera a una especie de penitencia pública como la de los herejes confesos, replicó altivamente: "No, no es esta la vía que me ha de llevar a Florencia. Si no hay otro camino que ese que me abren, no volveré nunca a Florencia, y yo también "dejaré toda esperanza".

En los diez años transcurridos entre la muerte de Beatriz y el comienzo de su exilio, Dante permaneció fiel a su dama. Es verdad que se casó con Gemma di Manuetto Donati, de distinguida familia, con la que procreó tres hijos y una hija. ¡Mas Gemma era sólo la esposa! El amor de Dante por Beatriz era ideal, por lo tanto, permitía las exigencias diarias de la vida doméstica. Su determinación de inmortalizar su amor en un gran poema épico fue tomando forma en el exilio.

Para distraer su atormentado espíritu, para restañar su lacerado orgullo y calmar su ardiente ira, noche a noche por espacio de 20 años Dante trabajó en su gran obra "La Comedia".

Es duro y amargo el pan del exilio, y el que Dante comía era más amargo aun por la melancolía que sufría constantemente y la altivez de su incorregible carácter. "Es dura la subida de los peldaños de patronos", dijo una vez. Igual decía Esquilo, su hermano distante, del tirano Herión. Cuenta Pe-

farca que estando un día Dante en el casti-
llo de Can della Scala, mientras el señor reía
con sus cortesanos de las payasadas de uno
de sus bufones, se dirigió a Dante y le dijo:
"¿No es extraño que este pobre idiota haga
tanto por divertirnos, mientras que tú, hom-
bre sabio, te sientas allí, día a día, sin hacer
nada por divertirnos?" A lo que el poeta con-
testó: "No, no es extraño. Debéis recordar
el proverbio: Lo semejante atrae a su seme-
jante!"

Aquel exilado de "mediana estatura, as-
pecto triste, aunque agradable y lleno de gra-
vedad; pálido, enjuto y moreno el semblan-
te; los ojos negros y grandes; la nariz agu-
leña, larga y huesosa, como toda la cara; el
labio inferior algo grueso y levantado; la
barba prominente; la mirada penetrante y
melancólica; el cabello negro y crespo; era
tardo en el hablar y escaso de palabras, pero
sutil y pronto en sus respuestas; de gran be-
nevolencia y alegría en sus primeros tiem-
pos, de melancolía profunda y comunicativa
en su última edad. Bien puede decirse, se-
gún le pintan sus contemporáneos, que su in-
genio, sus desventuras y su gloria habían
puesto el sello en su semblante" (El Mar-
qués de Molins).

Un día, en Verona, donde todo el mun-
do conocía su trabajo, especialmente "El In-
fierno", al pasar por un portal donde estaban
varias mujeres tejiendo y conversando, una
de ellas dijo por lo bajo pero suficientemen-
te claro para que Dante la oyera: "Ves a ese
hombre que baja a los infiernos y vuelve
cuando le place, y trae noticias de aquellos
que están allí abajo?" Otra de las mujeres
se persignó rápidamente y musitó "Debes de-
cir verdad, pues veo su barba negra y cres-
pa y el color de su piel oscurecida por el ca-
lor y el humo de allí abajo?"

La Comedia está compuesta de tres can-
tigas colosales: El Infierno, El Purgatorio y
El Paraíso. Cada cantiga, — si el primer can-
to de El Infierno se cuenta como prólogo —
contiene 33 cantos, y cada canto contiene
cerca de 142 líneas compuestas en "terza ri-
ma", un esquema rítmico — aba, bcb, cdc,
ded, y así en adelante — tan intrincadamen-
te difícil que sólo Dante pudo dominar sus
dificultades.

"Dícese Comedia, porque el autor, en su
obra "De vulgare elloquio", había distinguido
sólo tres clases de escritos: tragedia, come-
dia y elegía, y dió, consecuente consigo mis-
mo, el título de "Comedia" a una obra que
está escrita de un modo humilde y en el len-
guaje vulgar con que "las mujeres del pue-
blo se comunican sus pensamientos" El
diciado de "Divina" le fue agregado por uná-
nime aclamación de toda Italia" (El Mar-
qués de Molins).

*

"El Infierno" es la más emocionante de

las cantigas. Tal como Dante lo concibe tie-
ne la forma de un embudo. Las terrazas
que circundan su superficie interna descien-
den en una serie de condenaciones. En el
primer círculo, las sombras inocentes de épocas
anteriores a Cristo existen en paz. En las
siguientes cuatro las almas de los inconten-
tes son atormentadas. La herejía, la vio-
lencia y el fraude tienen su remuneración en
el sexto, séptimo y octavo círculo; y los trai-
dores llenan el fondo del embudo, una re-
gión, no de eterno fuego sino de eterno hie-
lo.

En el camino de "El Infierno", Dan-
te acompañado de Virgilio como guía, se en-
cuentra con tres gigantes, treinta monstruos,
docenas de demonios y cientos de espíritus a
quienes llama por su nombre o atributos:
Aristóteles, Sócrates, Platón, Demócrito, Ana-
xágora, Diógenes y Tales, etc. etc. También
se encuentra con algunos de sus mejores ami-
gos, aunque a ellos los encuentra tratados
con bastante lenidad. Por ejemplo, a su
maestro Brunello Latini, apenas quemado
por su sodomía. Mientras que los enemigos
personales de Dante son más numerosos y
menos afortunados; sus agonías las describe
con hórrida alegría. Los asesinos nadan eter-
namente en un río de sangre; los adulado-
res, los rufianes y las putas se revuelcan en
excrementos humanos

Taide es esa, la moza licenciosa
que al decirle el cortejo: ¿Y por tal gracia
que me das? Respondió: La mejor cosa
Y vámonos que tanto hedor ya sacia
(Infierno, fin del Canto XVIII)

Por fin al llegar al fondo del embudo,
se encuentra con Satán, quien

Con los dientes cual trillo de las parvas
en cada boca un pecador tritura
el castigo a la vez dando a tres larvas

Allí ve, siendo torturados, a Judas Isca-
riote, a Bruto, a Casio, traidores. Luego, co-
giéndose del horrible vello que cubre el cuer-
po del Demonio, pasan al otro lado del abis-
mo infernal siguiendo el murmullo de un
arroyuelo:

Mi guía y yo por esa senda oscura
entramos a volver al claro mundo,
y ya el descanso sin tener en cura,

subimos, yo primero y él segundo,
tanto, que en parte vi las cosas bellas
que el cielo adornan, por buzón rotundo,
y del salí a gozar de las estrellas
(Infierno, fin del Canto XXXIV)

*

Si el Infierno ha sido el canto de la ira,
el Purgatorio es el canto del amor y la espe-
ranza. A las blasfemias sucederán las ala-
banzas a Dios, y a la furia de los dolores una
dulce y melancólica tristeza. El Purgatorio,
la más compleja y psicológica de las canti-

gas, es una alegoría del proceso que la Iglesia llama conversión y los psicoanalistas individuación. El Purgatorio, como Dante lo concibe, tiene la forma de una montaña. Alrededor de la montaña, como una enorme serpiente, un camino la circunda hasta llegar a la cima. En siete puntos del ascenso están situados siete rellanos, y en cada uno de ellos los penitentes purgan los siete pecados capitales. Los orgullosos se afanan bajo enormes pesos; los envidiosos vagan con los párpados cosidos; los glotones miran a inaccesibles frutas. Mientras Dante y Virgilio ascienden, se encuentran con famosas figuras de la Edad Media entregados a las agonías de la expiación. Entre otros encuentra al Papa Adrián V, a Felipe el Hermoso, a los poetas Guido Guinicelli y Daniel Arnaldo.

Al principio, la subida es sumamente difícil, pero a medida que ascienden se les vuelve más fácil. Tanto como hombre y poeta Dante visiblemente se crece mientras avanza. En el Infierno, su verso es fuerte, inmediato, brillante; en el Purgatorio se torna progresivamente más rico y reflexivo.

En el último rellano Dante tiene que entrar en las llamas para purificarse y luego pasa al paraíso terrestre, al jardín del Edén, donde ve de nuevo a su adorada Beatriz. Y dice al final del canto XXXIII del Purgatorio:

Yo, como arbusto joven revestido
con nuestra lozania de hojas bellas,
volví del baño santo refundido,
curo y pronto a subir a las estrellas
(Purgatorio, fin del Canto XXXIII)

*

El Paraíso, la más profunda y bella de las cantigas, es una obra de radiante majestad religiosa. El Cielo, como Dante lo concibe, es un empíreo inconsútil, un simple pensamiento ardiente en el que los santos y los ángeles se funden en la gloria de Dios

Mas cuantos acopiar del reino santo
en mi mente tesoros he podido
hora han de ser materia de mi canto,

el Cielo, para su experiencia, está arreglado en nueve cielos que ascienden en serie al Corazón de la Luz. De pronto, "transhumanizado" — "la transhumanación pintar no es dado / a simple voz; pero el ejemplo baste / a quien gozarla el cielo ha reservado" — el Poeta es llevado rápidamente hacia arriba. Beatriz le precede, y en el camino se encuentran con espíritus iluminados, entre ellos, Justiniano, Carlos Martel, Santo Tomás de Aquino, Salomón, Carlomagno, San Buenaventura. Mientras el espíritu de Dante se eleva hacia el Empíreo, los versos se elevan a la región de la incandescencia mística

Y fuí de vista nueva revestido
tal, que ninguna luz fan viva fuera,
que mis ojos no hubieranla sufrido

Y en forma ví de río una lumbrera
de fulgores fluyente entre dos ribas
pintadas de admirable primavera.

Lanzaba el río aquel chispas activas
por doquiera posándose en las flores,
como en otro rubí de luces vivas
(Paraíso, Canto XXX)

En el último canto, a Dante se le concede la gracia de la Visión Beatífica, y mientras mira a la cara de Dios, se eleva a lo que T. S. Eliot llamó "la mayor altura que la poesía ha alcanzado o puede alcanzar".

¡Gracia abundante por la cual lanzóse
mi vista a contemplar la luz eterna,
tan intensa, que en ella consumióse!

En su profundo ser ví que se interna,
en libro por amor encuadernado,
cuanto por la creación se descuaderna

Sustancia, y accidente, y derivado
de tal manera unidos, que al desnudo
muestran cual simple luz lo que he pintado.

Pero aquí, — "no hallaron mis alas el camino", — le falta la fantasía y la visión se acaba:

Aquí mi alta invención fue ya impotente,
y cual rueda que gira en vueltas bellas,
el mío y su querer movió igualmente
el Amor que al sol mueve las estrellas.
(Paraíso, fin del Canto XXXIII)

"Gozado en luminoso Toscano", dice el Profesor Thomas G. Bergin, autor de la mejor biografía del Dante escrita en inglés con motivo del 700 aniversario del nacimiento del Poeta, "aquel pasaje mágicamente induce el sentido de la identificación mística con la Deidad, la suprema experiencia religiosa. Ningún efecto poético más complejo ha sido concebido alguna vez, sin embargo, Dante lo obtiene por medios simples. El es siempre sencillo, vigoroso, lúcido. Sus descripciones son como los cuadros de Giotto: infantiles en su simplicidad mas esculturales en su poder expresivo"

La Divina Comedia es un poema de arrepentimiento, un diario de redención por medio del Amor. Si no fuera así, el poema con todo y sus magníficos pasajes, no sería sino una sublime pesadilla más. Pero la suprema convicción de Dante es que el hombre guiado por el Amor, puede "alcanzar las estrellas" desde la "selva oscura" del infierno del corazón. Esto es lo que la Divina Comedia, con su permanente vitalidad, significa para nosotros en nuestro tiempo: una realidad que si podemos sentir y comprender, nos puede salvar de la gangrena de materialismo que nos vela los ojos de la Luz